

— Démelo ahora, — le dijo, — quiero releerlo despacio...

Tomó las cuartillas, las recorrió lentamente, pasando los adjetivos, escrutando las frases, aprobando con la cabeza. Luego exclamó:

— ¡ Ha contemplado usted lindamente á Florisa Barel! ¡ Ah! Ya se vé que no sabe prescindir de ella! Aun criticándola, la elogia. La uña no araña, acaricia.

— ¿ No se forjaría usted la ilusión de que iba á maltratarla? Ante todo, yo no me hubiera prestado á ello, y, además, hubiese sido una torpeza.

— En fin, tal y como es el artículo, me satisface. Voy á enviárselo á Fabreguier.

— ¡ No! Deseo corregirlo esta noche, con toda tranquilidad... Esto puede decirse que es el boceto... La imprenta no necesita componerlo hasta dentro de dos días. Aprovecharé ese plazo para pulir y limar...

— Pero si está muy bien así.

— No. Quiero dar á Fabreguier algo que me deje completamente satisfecho. Ahora mismo, leyendo el artículo, he notado algunas minúsculas impropiedades de expresión...

La Marquesa, muy á su pesar, devolvió á Treillard las cuartillas, y suspirando:

— ¿ Dónde va usted ahora?

— Al ensayo.

Frunció la dama el entrecejo, asaltada por alguna idea desagradable. Pero, inmediatamente, volvió á sonreír:

VIII

Treillard escribió el artículo á la mañana siguiente de la segunda visita que le hizo la Marquesa. Tanto y tanto lo apremiaban, que conceptuó imposible retrazar más el cumplimiento de lo ofrecido. Para acallar las impacencias de su linda amiga, publicó, en uno de los diarios de mayor circulación, una instantánea, treinta renglones, un delicadísimo retrato á pluma de Oliverio Juglat. Como suele hacerse con toda tarea enojosa, no escribió el artículo hasta el último momento. Al cabo, para salir del compromiso puso manos á la obra, y, en una mañana, de un tirón, llenó seis cuartillas de prosa exquisita, cuya primorosa sencillez, hondura de concepto, y brillantez de estilo, le dejaron satisfecho. Salió después de almorzar, llegóse dando un paseo al hotel de la señora de Sortais, y le brindó la grata sorpresa de leerle el artículo acabado de escribir. La dama lo oyó atentamente con los ojos cerrados, saboreando el elogio. Luego, se precipitó sobre Treillard, le echó los brazos al cuello y lo estrechó con jubilosa gratitud;

— Ya han dado las dos... Llegará usted con retraso...

— Por eso mismo me voy á escape.

La Marquesa le tendió la mano, que Andrés besó, y lo acompañó hasta el recibimiento con afectuosa familiaridad. Allí, viendo que no había nadie, le dió un abrazo. El literato se marchó.

Cuando Treillard pisó el escenario, terminaba el segundo acto. Parkin, sentado en primer término, de espaldas á la batería, marcaba á los artistas las inflexiones de voz, con persistencia implacable, hasta obtener una reproducción satisfactoria de las indicaciones que formulaba. A esta faena la llamaba « dar de comer con el pico. » ¡ Cosa extraña! Parkin declamaba fuera de tono y, sin embargo, al cabo de exasperantes repeticiones, conseguía que actores y actrices dijese con justeza. En ocasiones, las mujeres, enervadas, trastornadas por aquel trabajo sin tregua, casi perdían el conocimiento y se desahogaban sollozando.

— ¡ Que lloren! ¡ Que lloren! — decía Parkin, con rostro resplandeciente. — Desde el momento en que llueve, tenemos asegurada la cosecha.

Lo cierto es que las actrices agobiadas, excitadas, aprovechaban más el trabajo y hasta afirmaban que el *surmenage*, interrumpido por arrebatos de desesperación, les resultaba altamente favorable. María Froment, la joven primera actriz, concienzuda, inteligente, siempre dispuesta á corregirse, nunca cansada, sólo había tenido una crisis de lágrimas. Fué la vis-

pera del ensayo general de *Desposados*, la hermosa comedia de Rovère, en la cual obtuvo un triunfo que la colocó á la cabeza de los artistas contemporáneos. Parkin se sintió tan orgulloso, así de la crisis de llanto como del triunfo, que se casó con la primera actriz, seis meses después. Desde entonces, María Froment había continuado teniendo triunfos, pero nunca más crisis de lágrimas. Parkin se mostraba muy dulce y muy comedido ante su mujer, y, cuando la estrella tenía papel en una obra, era sabido que los ensayos se efectuarían sin novedad y que el estreno se verificaría en fecha fija. María Froment, rendida tras dos horas de trabajo sin salir de una escena, exhaló un suspiro de alivio, y yendo ante el autor:

— ¡ Muy bien! No se matará con este oficio, — exclamó riendo. — Sin censura; estamos echando el alma en esta comedia, y ni aun siquiera viene usted aquí para ayudarnos...

— ¿ Hay algo que no resulta?...

— Todo resulta. Hasta la frasecita final de mi parlamento, que es repetición ociosa de la que digo al comentar la escena. Ya sabé: « Nada he prometido, afortunadamente, porque, cuando prometo, cumplo!... »

Treillard quedóse pensativo. Después, al cabo de un instante:

— Está usted equivocada; no es repetición ociosa; es repetición intencionada.

— ¡ Ah! ¡ Si es intencionada! Yo creí que se qui-

taba efecto... Pero desde el momento en que no es así... De todos modos, piense en ello...

— ¿Le disgusta á usted la frase?

— ¡Oh! A mí nada me disgusta... Lo digó por usted... Ya volveremos á hablar mañana, cuando, estando aquí, me oiga...

Agitó, riendo, la áurea cabeza de lindos cabellos, y volvió á su sitio dejando á Treillard algo contrariado. Parkin lo cogió del brazo y, paseando, desde la decoración de plaza hasta la de jardín...

— Esto principia á desenmarañarse... Mis esperanzas se realizan, y mis inquietudes también...

— ¿Inquietudes? — murmuró Treillard, parándose en firme.

— Sí; ya sabe que siempre he encontrado esta comedia demasiado bien escrita...

— ¡Hermoso defecto!

— No hay defecto que sea hermoso. El escribir bien es cosa excelente, á condieión de que no se note... Si se advierte el rebuscamiento del estilo, languidece inmediatamente y se pierde el interés... El artificio ha matado el efecto... ¡Oh, el natural! ¡El natural! Ustedes, los dé la nueva escuela, no quieren escribir como todo el mundo... Se considerarían deshonrados, si se les comprendiera sin esfuerzo. ¡No saben lo que se pierden!

— ¡Eh! ¡Diantre! Querido, yo no hago *vaudevilles*.

— ¡A quién se lo dice usted!

— Pero ¿es que usted no está satisfecho?

— Sí, Ya le he dicho que esto principiaba á desenmarañarse... María estaba admirable...

— Como siempre...

— No le pido á usted alabanzas. Sólo deseo la verdad...

— Entonces... ¡más admirable que siempre!

Parkin sonrió. Era más quisquilloso por cuenta de su mujer que por cuenta propia.

— Tendremos un gran éxito. Lo presiento; lo mismo les ocurre á mis artistas... El veterano Valmoreau me ha dicho: « Señor, desde hace mucho tiempo no se ha representado nada tan bueno como esto... Es Augier acomodado al gusto de hoy... » Y, ya sabe usted que, para Valmoreau, Augier es el Dios magno.

— Consiento en ser su profeta.

— Las *toilettes* de las artistas serán soberbias... Mi mujer está haciendo locuras... Pero ¿qué remedio?... La señorita Nantheuil se nos viene con Redfern... Tenemos que contestarle con Doucet... Las espectadoras no van aburrirse...

Treillard se detuvo y murmuró;

— ¡Gracias!

— ¡Bah! Mientras miran las *toilettes* no se ocupan en criticar la comedia... Esto siempre es conveniente en los comienzos de los actos... Tiempo tendrán para desollarle, cuando baje el telón.

Parkin dejó al autor, cruzó la escena y se dirigió hacia su despacho. Treillard, al quedarse solo, miró en derredor y vió á Claudina Nantheuil. Se acercó á

ella y, en seguida, se admiró de la frialdad con que lo acogía. Inmediatamente quiso conocer la causa, y preguntó á la linda joven :

— ¡Hola! ¿Ha ocurrido alguna novedad entre nosotros, señorita Nantheuil. Se me antoja que me pone usted mala cara...

— ¡Mis motivos tengo!

— ¿Quiere manifestármelos?

— ¡Bonita manera tiene usted de aprovechar los informes que se le facilitan!

— ¡Ah! ¿Se trata todavía del gallardo señor de Roize?

— Ruego á usted, caballero, que me haga el obsequio de creer que no he vuelto á pensar en ese canallita. Pero la Marquesa de usted no es como yo, é insiste de firme.

Treillard palideció.

— ¡Ah! ¡Ah! ¡Anda usted bien enterado! — exclamó Claudina. — Sí, señor; esa vieja recalcitrante, en seguidita que se enteró de que yo le volvía la espalda á nuestro común amante, cayó sobre él, y ahora están más íntimamente unidos que antes. Buena maña se ha dado usted.... ¡Mi enhorabuena!

— Pero ¿cómo sabe usted?...

— ¡Bah! Sencillamente, por mi doncella; la envié á casa de ese tipo á que recogiera algunos objetos de tocador, que me pertenecían, y allí se encontró con esa anciana... ¡Y la prójima vuelve á buscar al mocito! ¡Buen provecho les haga á los dos! Pero... ¿en qué está usted pensando?

Para la señorita Nantheuil resultaba claro que Treillard, en aquel momento, pensaba en demasiadas cosas, demasiado confusas para explicárselas. Lo vió estremeciéndose de ira, con las manos febrilmente agitadas, con los ojos bruscamente desencajados. Le tuvo lástima.

— ¡Muy bien! Decididamente no quiere usted tomar el asunto con tranquilidad. Veo que le hace falta la chichonera. ¡Valiente tontería la de desesperarse! ¡Si al menos la cosa lo mereciera! Pero, nada, cuanto le diga será inútil. Aquí sólo se trata del prestigio. Razón tuvo el que afirmó que, para un burgués, una gran señora nunca tiene más de veinte años. Por eso mismo, me explico hasta cierto punto lo que á usted le ocurre... Pero ¿al idiota de Mauricio?... ¡Si las conocé! ¡Si se ha educado entre ellas! ¿Qué puede retenerle al lado de esa vieja Marquesa?

— ¿Vieja? — exclamó Treillard con indignación — ¡Pero si tiene treinta años!

— ¡Bah! ¡Bah! — murmuró Claudina, mostrando los blancos dientes. — ¡Los tuvo! ¡Y acaso los tenga dos veces! Así como así, no andará lejos de los sesenta. Estas viejas recalcitrantes son ingeniosas sobre toda ponderación. Poseen secretos especiales para estucarse, pintarse y remozarse. A usted que la ha visto de cerca, sin adornos, sin composturas y sin tener á mano el arsenal del tocador... ¿Qué le ha parecido?

— Que es joven y bella, que puede mostrarse sin

artificios á la luz del día, que puede afrontar comparaciones sin miedo á nada... ¿ me entiende ? ¡ A nada ! — rugió el literato, poseído al par por la cólera y por el entusiasmo.

— Bueno ; pues, entonces, que solicite privilegio de invención. Porque el caso es realmente estupendo.

Dijo la actriz, dió media vuelta sonriendo, miró compasivamente á Treillard, y lo dejó entregado á sus reflexiones. Estas distaban mucho de ser risueñas. En el momento en que se creía más seguro de su conquista, cuando, desarmado por las pruebas de ternura que la Marquesa le había ofrecido, se avergonzaba de la desconfianza que se impuso hacia ella, se enteraba de que aun seguía burlándose de él. Sentía el corazón henchido de amargura, de pesadumbre y de desencanto. Había vivido unos quantos días de embriaguez, de goces tan intensos, que, ahora, se le antojaba que no podría prescindir de ellos. Y, por fuerza, tendría que volver á dar en los pasados abatimientos y desilusiones. ¿ Cómo resignarse ? El director de escena Valmoreau lo sacó de aquellas meditaciones, diciéndole :

— Cuando usted quiera, comenzamos el tercero.

Treillard, maquinalmente, ocupó su sitio, instalándose junto al apuntador, escuchando, sin entenderlas, las palabras pronunciadas por los actores. Parecía estar prestando profunda atención, y, sin embargo, se hallaba muy distante del escenario en el cual estaban ensayando su obra. Volvía á ver su cuarto, con todo el desorden amoroso que la pre-

sencia de la Marquesa le prestaba. Luego se veía en la esquina de la calle de Falsburgo, acechando la casa en que el barón de Roize tenía un apeadero, y donde sabía que la señora de Sortais iba á verlo. Y se imaginaba la habitación de su rival, en el mismo desorden, después de las mismas locuras que encantaban su recuerdo. Y veía siempre á ella, á la pérfida, que se entregaba, mintiendo con sus palabras, mintiendo hipócritamente con sus besos. Puso un momento oído á lo que declamaba María Froment, y se le antojó que las frases escritas en la comedia eran expresión exacta del furor que sentía. La primera actriz se dirigía á Melval.

— « ¿ Qué te importa mi sufrimiento ? No miras más que á tu placer, no te guías más que por tu capricho. Mis lágrimas y mi desesperación ¿ valen algo para ti ? Las torturas de un corazón amante ¿ de que te sirven más que de motivo para risa ? ¡ Qué cobarde, qué hipócrita, qué falso eres !... Respóndeme ; ¿ encuentra una palabra para disculparte ! ¿ Por qué me has traicionado ? ¿ Qué te había hecho yo ?... Amarte demasiado... ¿ no es eso ? En cambio, has ido á sufrir befas y escarnios de una coqueta, que te mira con la mayor indiferencia. Ella me venga engañándote ; sí, lo sé ; te engaña, tengo la prueba. ¡ Ahora me toca reirme ! »

La actriz se detuvo y, taconeando con irritación :

— ¡ No ! ¡ No es así ! Melval, está usted demasiado cerca de mí, y esto me fastidia... Me parece que, en

la vida real, yo no podría decirle tamañas durezas en sus barbas...

Treillard al oír estas palabras, se levantó bruscamente:

— ¿Por qué no? Me agradaría mucho un arranque de brutalidad por parte de usted. Mire; se trata de un canalla que la ha engañado y ¿con quién? ¿Con una farsante del peor género! Y ¿aun va usted á guardarle miramientos? Escúpale el desprecio en la cara. Insúltele con el gesto, de igual modo que le ultraja con la voz. En esta escena no hay miedo de pecar por exceso de violencia, sino por exceso de moderación. ¡Sea realista! A este hombre, que es su amante, lo aborrece en este momento. Si se rebela, si se resiste, usted está dispuesta á abofetearlo. Lo desconoce usted... Está usted fuera de tino...

El autor, sin darse cuenta, había representado mímicamente la escena, llegando á colocarse junto á Melval, cual si se tratara del barón de Roize y quisiera desahogar su odio.

— ¡Ah! ¡Muy bien! — exclamó María Froment, arreglándose el cabello, que se le había despeinado en el ardor de la escena. — Si eso es lo que usted quiere, puedo hacerlo. Se me figuraba que, como soy una gran señora...

— ¡Aquí no hay grandes señoras! — gritó Treillard. — Aquí no hay más que mujeres, todas iguales en iguales condiciones: bribonas para engañar, furias para lamentarse. Figúrese que, en la vida real, le quitan á usted á su amante... ¿qué haría?

— ¡Ante todo, un papel muy desairado! — contestó la actriz, moviendo cómicamente la cabeza. — En seguida, procuraría pagarle en la misma moneda... ¡Pues no que no!... Pero, ¿qué cosas me está haciendo decir este autor? Por de pronto, yo no tengo amante; sólo tengo á mi marido, y es más que suficiente.

Hubo risas generales y el ensayo se suspendió durante algunos minutos. Valmoreau, sin embargo llamó al orden á los artistas:

— ¡Vamos! No son más que las cuatro! Acabemos el acto.

— ¡Ah! ¡El acto, no! — protestó Melval. — Con que terminemos la escena hay bastante. Tengo que ir á casa de mi sastre. Vamos, María ¿estás preparada?... Espera, voy á darte la respuesta.

Y el diálogo se reanudó entre ambos actores, mientras que Treillard, desahogado por aquella violenta y no comprendida salida, se tranquilizaba y escuchaba. Valmoreau había aprovechado la interrupción del ensayo para dar algunos consejos á María Froment:

— Mira, puedes venir á apoyarte en el respaldo de la butaca, como si, agotadas las fuerzas, te fueras á desplomar... Deselée lo hacia así en *La princesa Georgina*. Era de gran efecto... Fíjate, mírame. Tambaleándote, das tres pasos, y te coges al respaldo de la butaca. Melval se aproxima vivamente para sostenerte. Tú, lo contemplas con extravío, como si las palabras te ahogasen; luego, con el brazo, lo

apartas, como si le dijeras : ¡ déjame, no me toques, me repugnas ! Él, continúa en su sitio, y tú te rehaces sola... ¿ Está entendido?... Pues, vamos á ensayarlo.

Nada hubiera sido tan interesante para el autor como ver al vetusto director de escena ejecutar, con rara habilidad, los movimientos que indicaba, crispando el rostro, para expresar dolor, marchando con paso vacilante, fulminando con un gesto de desprecio al primer actor que lo contemplaba aprobativamente. Pero Treillard tenía el pensamiento muy lejos de la escena, ocupado en la persecución de su ensueño doloroso, y los artistas que ante sus ojos se movían, le resultaban fantasmas inútiles ocupados en tarea vana. Lo que se le antojaba importante y principalísimo al escritor, era indagar y poner de relieve la culpabilidad de la mujer amada. Lo que le resultaba perfectamente indiferente era el ensayo y el estreno de la obra de la cual aguardaba fortuna y gloria.

— Vamos, hijitos ¡ está muy bien ! — dijo Valmoreau, cerrando el manuscrito. — Mañana lo repetiremos todo, y de seguro, saldrá mejor.

Treillard cambió apretones de manos con los artistas, salió del escenario sin entrar en el despacho de Parkin, y se dispuso á irse á la calle, cuando un ordenanza de la empresa lo detuvo :

— Señor Treillard, aquí hay un caballero esperando á usted...

— Soy yo. No he querido distraerle.

Y Parisot, saliendo de la sombra, se adelantó hacia el autor.

— ¿ Desea usted hablarme ?

— Sí. ¿ Va usted á marcharse ? Le acompañaré...

Salieron al bulevard. El editor se cogió del brazo del literato y, para entablar conversación, señalando al teatro :

— ¿ Cómo va eso ? ¿ Está usted contento ?

— Sí. Los ensayos van bien.

— ¡ Perfectamente ! ¿ Supongo que no irá usted á estropear la venta en librería, dejando que la comedia se publique en alguna revista ilustrada?... Eso sería una equivocación. En todo caso, no cierre trato sin hablar conmigo...

— Pierda cuidado. Pero ¿ qué tenía usted que decirme ?

— Oigalo. Esta mañana he recibido la visita de Fabreguier...

Al oír este nombre, Treillard palideció, se mordió los labios y miró á Parisot con gesto tan poco amistoso, que el editor, cohibido, guardó silencio. Sin embargo, estaba tan acostumbrado á toda clase de negocios y tenía tanta confianza con el literato, que inmediatamente se repuso y exclamó :

— Fué la visita á propósito del artículo... Ya sabe ; del artículo que le ofreció acerca de *Visiones ardientes*... No necesito manifestar el interés personal que ese artículo me inspira... Publicado en *El Movimiento* y con la firma de usted son mil volúmenes que vendo... ¿ Eh ? ¿ Me comprende ? Fabreguier

está interesado á fuer de antiguo amigo de la Marquesa. No se come impunemente todos los viernes, durante diez años, en una casa, sin que esto cree compromisos... Además, los literatos aristócratas, desde hace algún tiempo, están sufriendo vapuleos. Se les encuentra desbordantes. Seguramente han abusado. ¡Las mujeres, sobre todo! ¡Ah! contamos en la actualidad con una media docena de genios femeninos que se dedican á fabricar dulzonerías empalagosas, derrochando la miel de la Hymeto. Ya esto principia á fastidiar al público. Por lo mismo, *El Movimiento*, que es paladín y órgano autorizado de esa pandilla que vive con los ojos en blanco y el dedo en la boca, concede valor extraordinario al artículo de usted... Y por eso mismo, el señor Director, un caballero muy obeso, fijese en ello, se ha molestado en ir personalmente á verme para que yo, interponiendo mi amistad con usted consiga que el artículo quede en la redacción dentro del mismo día de hoy...

— ¡Muy bien! ¡Muy bien! — murmuró evasivamente Treillard.

— El artículo está eserito ¿verdad? — preguntó Parisot, inquieto.

— Tan escrito, que ¡mírelo! — contestó el literato, sacando las cuartillas que aquella misma mañana había leído á la Marquesa.

— ¡Ah! ¡Venga acá! — gritó triunfalmente Parisot.

— ¡De ningún modo! — dijo Treillard, embolsándose el artículo.

— ¿Cómo? ¿No? — interrogó el editor. — ¿Tiene usted algo que cambiar?

— ¿Algo? Querido amigo, sí; algo capital: ¡el artículo entero!

— ¿Qué quiere usted decir?

— Sencillamente, que he mudado de opinión, y que no publicaré el artículo.

— Pero Fabreguier me ha dicho que usted se lo ha prometido.

— ¡Bueno! Pues no cumpliré la promesa.

— ¡Mucho cuidado!

— ¿Por qué?

— Porque va usted á enemistarse con *El Movimiento* en visperas del estreno... ¡Qué imprudencia!

— ¡Qué me importa! Si mi comedia fracasa aguantaré una crítica más... Si triunfo, *El Movimiento*, al criticarme, se pondrá en ridículo.

— Pero ¿y la señora de Sortais? ¿La Marquesa? ¿La amiga de usted?

— ¡Esa abominable criatura! ¡Esa perdida! Esa...

Treillard no pudo continuar. Dejó ver al editor el semblante de tal modo descompuesto por la violencia de los sentimientos que experimentaba, que Parisot estupefacto, se detuvo:

— ¡Eh! ¿Qué le ha hecho á usted? ¡Dios mío! ¿Qué le ha hecho para que?...

— ¿Qué me ha hecho? — replicó furioso el escritor. — Me ha burlado como á un necio, como á un vanidoso, como á un *snob*. Entérese. ¡Como al más bestia y más estúpido de los *snobs*! ¡Es la

bribona más desvergonzada que he conocido! ¡ Ah! ¿ El artículo que ha querido conseguir á cualquier precio?... ¿ El artículo que espera como una satisfacción deliciosa? ¡ Bueno! Pues dígame á Fabreguier que no aguarde ese artículo. ¡ No! ¡ No lo tendrá! ¡ Esa mujer no se habrá burlado impunemente de mí, como del último de los gomosos que la rodean!... Mire ¡ vea lo que hago con el artículo!...

En un arrebato de ira, Treillard sacó las cuartillas y, rompiéndolas en pedazos menudos, riendo sarcásticamente, los arrojó sobre la acera, donde volaron, se arremolinaron y fueron llevados por el viento hasta el arroyo.

— ¡ Oh! — exclamó Parisot, desconcertado por todo lo que escuchaba y veía.

— Y puede usted decirle á Fabreguier que me río de él, de *El Movimiento* y de la Marquesa; que no soy un bobo á quien se lleva y se trae á capricho, y, en fin, que si se atreve, no ya á criticarme, sino á imprimir mi nombre en su indecente periodicucho, lo abofeteo en mitad de la cara.

— ¿ A Fabreguier? ¿ A un individuo de la Academia? ¡ Está usted loco! — gritó Parisot levantando los brazos al cielo. — ¡ *El Movimiento* un indecente periodicucho! Pero, amigo mío, le suplico que se tranquilice. Nunca lo he visto cual lo veo. ¿ Podía yo suponer que iba á verme metido en semejante berengenal? ¿ Que voy á decirle á Fabreguier?

— ¡ Mándelo á paseo!

— ¿ Y la Marquesa? Ha quedado en ir á verme.

— ¡ Plántela en la puerta de la calle!... Esas estúpidas de la aristocracia y sus congéneres masculinos, con los libruchos idiotas que publican, son los que estropean el negocio de librería, y anegan á las verdaderas publicaciones en el diluvio de « cuentas de autores ». ¡ Bastantes veces se lo he oído repetir á usted! Ponga, siquier sea una vez y por casualidad, de acuerdo sus hechos con sus palabras. ¿ No se avergüenza usted Parisot, hombre acaudalado y jefe de una gran casa editorial, de prestarse á la publicación de esas imbecilidades? Nosotros, los profesionales, acabaremos por dejar á usted para fundar una librería verdadera y exclusivamente literaria, donde no corramos el riesgo de ver figurar nuestras obras, en los escaparates, al lado de las nefastas y grotescas producciones de esos grafómanos.

Treillard pareció haber desahogado la mayor parte de su cólera después de la violenta arremetida contra los aficionados. Siguió andando un rato, sin hablar, al lado de Parisot que estaba consternadísimo. El editor, con el raballo del ojo, seguía, en el expresivo rostro de su acompañante, el decrecimiento gradual de la ira. Al fin le dijo:

— Mi querido amigo, no sé cómo voy á salir del atolladero en el cual, por impulsos conciliadores, me he metido. ¿ Rehusa usted redondamente auxiliarme?

— Sí, rehuso — gruñó Treillard.

— Sin embargo, podría usted tener alguna consideración hacia mí.

— Soy amigo de usted Parisot, pero no hasta ese punto.

— Veamos; ignoro lo que haya sucedido entre la señora de Sortais y usted... Pero si me hiciera el favor de ir á hablar con ella...

— ¡ Nunca ! — rugió Treillard, encolerizándose nuevamente. — ¡ Nunca volveré á poner los pies en casa de esa bribona !

— ¡ Vaya ! ¡ Vaya ! ¡ Vaya ! Cállese. ¡ Qué exaltación de sentimientos !

— ¡ Quisiera ver á usted en mi lugar !

— ¡ Yo también quisiera verme ! — contestó el editor, exhalando un suspiro y mirando el retorcido bigote y la negra cabellera del escritor. Treinta años y desengaños amorosos... ¡ ese es el ideal ! Amiguito, eso es como quejarse de que una novia es demasiado guapa. ¿ Que lo han engañado ? ¡ Minúsculo contra-tiempo ! Quiere decir que lo amaron á usted ayer, y que lo amarán mañana. El que con perfecto derecho puede quejarse y renegar, es el que no volverá á ser amado, por tener la cabeza encanecida y cumplidos los cincuenta. Treillard, desde que hemos salido del teatro, no le he oído hablar más que desatinos. Esto es conducirse como no sé quién, es decir de un modo indigno de usted... Vamos, me dirijo al verdadero Treillard, al único que conozco... Seguramente conservará en casa el borrador del artículo... Envíemelo, mandaré que lo copien, y diré que se lo he robado... Pero déjelo publicar. Ha empeñado usted una promesa...

— También ella había empeñado una promesa — replicó el literato, con más tristeza que cólera.

— ¡ Es una mujer ! Trátela como mujer. Si no quiere usted volver á visitarla, y me lo explico toda vez que tiene motivos tan serios de disgusto, consienta en verse con ella en mi casa. Mi despacho es terreno neutral...

— No — contestó calmamente Treillard. — Ni en la casa de usted, ni en la de ella.

— Pero ¿ que voy á contestarle ? ¿ Qué explicación le doy ?

— Ninguna.

— Voy á parecer idiota.

— ¡ No ! Ya lo comprenderá. Y si no lo comprende, dígame que le encargue el artículo al barón de Roize. Con eso bastará.

— ¡ Al barón de Roize ! ¡ Bonito encargo ! ¡ No ! ¡ No ! Entre dos piedras molares, nunca metas los pulgares; Dios me libre de intervenir más en el asunto, después de la rociada que acabo de sufrir... ¡ Así se llevara el demonio á los literatos que tienen pasiones ! Amigo ¿ acaso debiera usted ocuparse en cosa alguna más que en escribir ? Es lo único que sabe hacer bien. Pero lo demás...

— ¿ Quién puede envanecerse, cuando trata con embusteras de ese género ? — murmuró el autor — ¿Cuál es la impresión verdadera ? Cuando dicen « te amo » ¿ en quién están pensando ? Cuando sonrien, entornando los ojos, descansando en nuestros brazos ¿ sienten el goce del placer nuestro ? ¿ Acaso,

mentirosas siempre, cierran los ojos para imaginarse que están en brazos de otro? ¡Es imposible confiar en ellas! ¡Qué tormento! Recuerdan con un estremecimiento el instante en que fueron nuestras. Y aun hay que preguntarse si en ese minuto supremo, no se evadieron mentalmente de nuestro abrazo.

— ¡Ah! ¡Eso es lo mismo que empeñarse en pedirle peras al olmo! — exclamó Parisot. — Dése por bien servido, amiguito, cuando consiga saber que le profesan cierto afecto ó alguna simpatía personal, y no quiera usted gollerías.

— ¿Y qué hace el que sólo puede contar con las gollerías, como usted dice?

— ¡Cargue el demonio con los que se entretienen en estudiar la psicología del amor! ¡Qué ganas de atormentarse!

— Es cierto. Lo analizo todo; quiero saberlo todo y comprenderlo todo.

— ¡Imposible! Jamás conseguirá desmontar completamente el complicado mecanismo de un cerebro femenino. ¿Cómo va usted á soñar con conocer los motivos que determinan los actos de una mujer, cuando ella misma no los conoce? Hay, en todas las acciones humanas, una parte de raciocinio y otra parte puramente de instinto. ¡Cualquiera es capaz de desenredar esa madeja!...

Continuaron andando, sin hablar, durante un rato; luego, Parisot, dijo:

— Vamos á ver, Treillard, yo he sido siempre un buen amigo de usted. ¿Creo que me debe algunas

atenciones? Prométame que reflexionará y que irá á verme mañana, á eso de las diez.

— Con mucho gusto, si en ello tiene usted algún empeño; pero la resolución que he adoptado es inmutable.

— La noche es excelente consejera.

— Para mí, no.

— Prométame no hablar con nadie del asunto, ni buscar consejo de nadie.

— Pero ¿qué teme usted?

— La influencia de Florisa, de Malatiré, y de otros...

— Me parece que está usted equivocado respecto al juicio de mis amigos. De cualquier modo, no quiero adquirir el compromiso que me pide.

Parisot se rascó una oreja.

— Eso me inquieta — murmuró. — Prométame, en todo caso, que irá á verme en mi despacho mañana, á primera hora.

— Lo prometo.

— ¡Vamos! ¡Está bien!... Y, además, quedamos en que no le venderá usted la comedia á ningún periódico ilustrado... ¿no es eso?

— Esté tranquilo.

Al marcharse, Treillard iba pensando.

— La verdad es que debo confesarme con Florisa. Es la única capaz de aconsejarme juiciosamente en estas circunstancias. Mi miseria moral, sólo ha de inspirarle lástima. Pero ¡qué argumento voy á suministrarle en apoyo de su teoría contra el amor sexual!